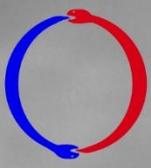


año 8, nº 7/8 julio-agosto de 2025



OCEANUM





OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 8, n° 7/8

Julio-agosto de 2025

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Osvaldo Beker

Pilar Úcar Ventura

Augusto Guedes

Diego García Paz

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciontextosam@outlook.com

Página web:

www.revistaoceanum.com

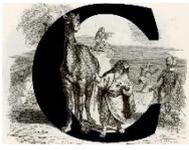
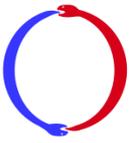
Sara@revistaoceanum.com

ISSN 2605-4094

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

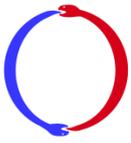
Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com



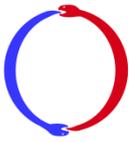
Con este número, correspondiente a julio y agosto, regresamos a puerto, para el mantenimiento anual de la nave. Ya se sabe: carenar —siempre se adhieren algas y mejillones que dificultan el avance—, una manita de pintura por aquí, unos brochazos de barniz por allá, todo para que luzca como nueva a pesar de las siete campañas que ha completado hasta hoy. Se la ve firme y marinera... A lo largo de los setenta y siete números y las más de siete mil páginas publicadas, nos han honrado con sus palabras más de ciento veinte personas entrevistadas: novelistas, poetas, editores, librerías, investigadores, personajes del mundo de la cultura..., cada uno con su visión y sus ideas sobre un mundo del libro polifacético y complejo, ideas que han tenido a bien compartir y a los que les agradecemos su buena disposición para participar en lo que casi siempre es un pequeño atraco por nuestra parte. También es necesario agradecer la participación de fotógrafos, ilustradores, dibujantes, pintores que han hecho posible cada una de las portadas y las imágenes que iluminan las páginas interiores. Y, cómo no, tenemos que traer a este escenario a modo de *hall of fame* a todos los autores que nos han dejado sus reseñas, ensayos, relatos, poemas, opiniones... y a Andrea Melamud, que ha asumido la tarea de buscar, encontrar y corregir las inevitables erratas de los borradores y de las galeradas. En total, personas de dieciséis países que nos han hablado en las lenguas ibéricas —de las que son nativas casi ochocientos millones de personas— y en otras lenguas como el árabe, el francés, el inglés, el alemán o el rumano y que han venido a ofrecer la riqueza propia de esas culturas.

Todas estas personas han entregado desinteresadamente su trabajo y han hecho posible la continuidad de un proyecto que nació en un ya lejano 2018 —¡cuántas vueltas ha dado el mundo desde entonces!— sin la seguridad de saber si la aventura terminaría con la nave encallada en cualquier bajo en unos pocos meses. Afortunadamente, no ocurrió así y, en una buena parte, gracias a quienes leen *Oceanum*, sin cuyo concurso, nada de esto tendría sentido.

Nos vemos en septiembre. Disfruten del verano.



6	La galera			
	<i>La fracción china</i>			
	Entrevista a Pedro Uris y Daniel Ramón	Ginés J. Vera	6	
	El mar de Ana María Matute	Pilar Úcar	11	
	Sugerencia a ciegas: <i>La península de las casas vacías</i> , David Uclés	Pravia Arango	15	
18	Dentro de una botella			
	William Shakespeare			
	Una justicia atemperada por la equidad	Diego García Paz	18	
	<i>La guerra de los mundos</i> vista desde el ensayo <i>Armas, gérmenes y acero</i>	Isaías Covarrubias Marquina	22	
	Sobre el fin del dogma del progreso (Al final del siglo XX, 1996)	Javier Dámaso	27	
	<i>Mesa para dos</i> , Amor Towles	Pravia Arango	34	
37	Estelas en la mar			
	Con la poetisa Inmaculada Mengíbar	Encarnación Sánchez	37	
40	La estrella polar			
	El figón	Miguel A. Pérez	40	
48	Anaquido kalimat			
	Abdelhadi Said	عَنْقَائِدُ كَلِمَاتٍ عَبْدُ الْهَادِي السَّعِيدِ	Encarnación Sánchez	48
	De lo irreal a lo humorístico en la poesía Un análisis de la función del humor en “El arte de lo imposible”	Víctor Hugo Pérez Gallo	52	
55	Outros mares			
	Dous (Dos), del poemario <i>Area (Arena)</i>	Manuel López Rodríguez	55	
	Nocturno	Augusto Guedes	57	
59	Espuma de mar			
	Premios y concursos literarios		60	
	Con un toque literario	Goyo	63	
	Noticias breves		65	



68 Gran Sol

Extractos de *Educación y enseñanza*

Francisco Giner de los Ríos 68

80 Nuevos horizontes

Esteban Lamothe

Oswaldo Beker 81

Bajo la noche estrellada

Ginés J. Vera 88

Ensayo del poema

“Gracias paloma por dejarme una pluma”

Abdo Tounsi 92

La fotografía familiar (X)

Encarnación Sánchez 98

Flamenco

Goyo 102

El proscenio

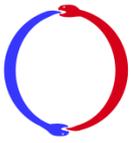
Miguel Quintana 105

113 Créditos de fotografía e ilustración



El mar de Ana María Matute





Pilar Úcar Ventura

Ana María Matute enfermó a los cuatro años de edad y su familia y ella se trasladaron por cuestiones de salud de Barcelona a Mansilla de la Sierra en La Rioja; de su mar natal al interior peninsular. *Todo el mundo empezó a hacer maletas y a hablar del mar. Tenían una prisa muy grande.* Escuchamos el trajín de los preparativos para ese viaje; hay que cambiar de aires, hay que cambiar de localidad; lo importante, curarse.

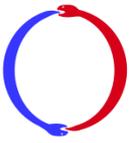
Quizá algún lector pueda pensar que la escritora catalana es la protagonista del cuento: *Pobre niño. Tenía las orejas muy grandes, y, cuando se ponía de espaldas a la ventana, se volvían encarnadas, pero al revés: en un efecto espejo, se convierte en niño al que hay que llevar inmediatamente al mar: ella, que lo conocía tan bien en su Barcelona natal.*

Y fue tan grave el estado de salud de ella, tan pequeña, que *Vino el hombre que curaba, detrás de sus gafas.* “El mar —dijo—; el mar, el mar”.

En las narraciones de Ana María Matute que tratan del mar, no aparece el artículo femenino para esa palabra: ‘mar’; *la mar* de Alberti no se asoma en esta novelista; y en muy pocas ocasiones se atisba este elemento líquido con cierta poesía y alguna suerte de lirismo. En el cuento de la académica titulado “El mar”, al acabar de leerlo, a cualquiera se le encoge el alma: *Pero los de la orilla no entendían nada de nada. Encima, se ponían a llorar a gritos, y decían: ¡Qué desgracia! ¡Señor, qué gran desgracia!* Son las últimas frases del final de un impresionante dramatismo. Tan breve y tan sencillo sin alambicamientos ni fórmulas retóricas, ni gestos grandilocuentes. Pero la imagen gráfica que reproduce en el lector supone un alarido desgarrador, una fractura emocional de tragedia ¿inexorable?



Resulta curiosa la descripción que leemos del médico: es un varón en el que se confía dada su edad y su experiencia por sus lecturas que lo obligan a usar lentes. De qué manera tan vívida recordamos la visita del médico cuando no podíamos acudir al colegio: había un silencio espeso en casa, esperábamos a un señor, taciturno y muy reservado, con un maletín que hacía



“¡clic!” al abrirlo y que, sin sonreír, traía el remedio para abandonar la cama.

Quizá así se sintió la narradora, quizá así se sentía el protagonista de este cuento: *Pobre niño, estaba doblado, amarillo*; parece una figurita con el cromatismo del arcoíris, igual que su destino acuífero salvador: *Él, que creyó que el mar alto y verde, lo veía blanco, como el borde de la cerveza, cosquilleándole, frío, la punta de los pies*. La autora desciende a las impresiones infantiles que pueden inspirar a un chiquillo la contemplación del mar; ella, precisamente, que tuvo que huir del litoral para fortalecerse.

No será difícil encontrar, sin bucear mucho, la empatía con la niñez que siente; como en más de una ocasión afirma, Matute tenía la certeza a flor de piel de que la guerra civil le había escamoteado la infancia, a ella y a tantos niños y niñas de ocho, diez, doce años; se perdieron un paraíso en medio de un paréntesis patético y cainita que nunca pudo conseguir recuperar.

El niño del cuento ansía conocer el mar, salir de su burbuja: *se figuró que el mar era como estar dentro de una caracola grandísima, llena de rumores, cánticos, voces que gritaban muy lejos, con un largo eco. Creía que el mar era alto y verde*. Más colores, más sonidos..., actividad cinestésica incesante por llegar a la meta... El deseo de paladear una chuchería, la ilusión de compartir un juguete, las ganas de conocerlo todo: “Madre —dijo, porque sentía vergüenza—, quiero ver hasta dónde me llega el mar”.

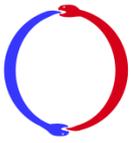
A Ana María Matute, las leyes de su época le birlaron palpar el amor materno que sintió por

su único hijo, Juan Pablo, cuya tutela recayó sobre el padre tras la separación del matrimonio en 1963. El dolor anímico se iba acrecentando en las entretelas de la escritora hasta acabar en una depresión que la acompañaría el resto de su vida. Imaginamos el sufrimiento de la madre del relato al comprobar el afán de su hijo enfermo: *cuando llegó al mar se quedó parado y sin esperar más ante la inmensidad del bálsamo curativo no dudó en gritar entusiasmado: “¡Voy a ver hasta dónde me llega el mar!”*. Decidido el niño y desconocedor del gigante sin límites, observó *su piel, ¡qué extraña era allí!*: sin poder frenar la atracción tan desbordante que lo dominaba y olvidándose de todo y de todos, cavilaba: *El mar, ¡qué cosa rara!, crecía, se volvía azul, violeta*: colores, siempre colores; la sencillez pictórica de la escritora nos brinda matices sutiles, brillantes y aciagos porque el chico absorbió en su más genuina sorpresa, placer inconmensurable: *Y anduvo, anduvo, anduvo* hasta que ese

narrador omnisciente, ese demiurgo que todo lo sabe y todo lo ve sin necesidad de adivinar el futuro, con parsimonia vaticinadora del infortunio irremediable, plasmó la desventura: *Le llegó a las rodillas. Luego, a la cintura, al pecho, a los labios, a los ojos*. Fotogramas de una muerte anunciada, asíndeton desgraciado de lo que ya no tenía remedio: *Entonces, le entró en las orejas el eco largo, tan solo se oían las voces que llaman lejos*.

Ana María Matute no escribe para niños, o sí, pensarán algunos: el miedo al verbo de la muerte a compartir léxico fúnebre en nuestra cultura levanta ronchas de estupefacción que se han de evitar, a diferencia de otras culturas cuyos seres más jóvenes crecen con la existencia del deceso desde los primeros





años de conciencia formando parte de la cotidianeidad. Ana María Matute escribe de niños y de su inocencia; la ingenuidad que domina este relato de El mar, perteneciente al libro *Los niños tontos* (1956), destapa unos mimbres de dolor y pena que estalla en el interior de una mujer que hizo de la literatura de la generación del 50, para algunos el neorrealismo del siglo XX heredero del decimonónico, su propia terapia salvífica.

Y en los ojos, todo el color. ¡Ah, sí, por fin, el mar era de verdad! Era una grande, inmensa caracola. El mar, verdaderamente, era alto y verde.

